

con el imperio de la fatalidad su fria naturaleza del Norte. Uno de nosotros, que llega despues de haber atravesado territorios boreales á países cálidos, se extasía con las hojas de la higuera casi abrasada, con los captus del nopal y de la pita erizados de espinas, con las playas pedregosas y areniscas que hacen rebotar la luz como un cristal de Venecia, mientras á un hombre del Norte, cual Lutero, parecele haber caido en ardiente horno de cal: el vino alcoholizado se le sube á la cabeza y se le derrama como un incendio por las venas; las noches, cuyo frio no guarda relacion alguna con los calores del dia, le dan fiebre cuartana; y el exceso de vida le abruma, le sofoca y le presta casi apopléticos mareos. Y sin embargo, cuando se leen las Memorias de Lutero, libro que recomendamos á nuestros lectores, porque en él se encuentra, mas que en ninguna parte, la idea exaltada del revolucionario y su temperamento arrogantisimo, obsérvase que alguna vez cede, mal de su grado, á los hechizos del Mediodía, tan poco propios para cautivar su rebelde naturaleza del Norte. En una de sus marchas siéntese aquejado de intensísima sed; y no tiene para calmarla mas que el agua, entre plomiza y amarillenta, de un estancado charco. La bebe, á pesar de su repugnante aspecto, y se siente como tomado de una borrachera. La lengua se le desata, los ojos se le animan, el paso se le acelera; y vacila y se le va la cabeza. Y en estas, un granado, uno de esos arbustillos que tanto le extrañaban, ofrécele en las puntas de su flexible ramaje el presente de sus frescas y dulcísimas granadas, que coge, que parte, que devora, encontrando en su frescor delicioso y en su azucarado zumo el pronto remedio á su embriaguez curada por una tranquila y serena alegría propia de los antiguos dioses. Diez años despues aun recordaba estas granadas, y aun les dirigia frases tiernas y sentidas, ingenua expresion de un verdadero agradecimiento.

No puede describirse, no, la emocion que debia producir en su ánimo uno cualquiera de aquellos grandes monasterios de Lombardía, todos de relucientes mármoles; con atrios mayores que plazas de Alemania; con armoniosísimos intercolumnios dignos de figurar en las tierras de Grecia; con altas torres concluidas y rematadas por áureas figuras de bronce; con patios que los jaspes pavimentan, que los surtidores refrescan, que las rosas adornan, que los arcos aéreos y las galerías sin término, unas sobrepuestas á otras,

aligeran y embellecen; esmaltados por los cinceles del Renacimiento con tales guirnaldas de piedra y tales grupos de figurillas que dan como una fiesta á la vista; llenos de estatuas, de cuadros, de joyas primorosas, de relicarios cubiertos con preciosísima pedrería, de altares muchas veces vaciados en plata maciza; con aquellas tumbas, cuyas losas parecen brocados, segun lo bien trabajadas; con aquellas capillas, que las ágatas enriquecen; con aquellos monjes mundanos, los cuales hablan como en una academia, reciben visitas como en un salon, pintan y esculpen cual si solo fueran artistas; y olvidados de los escrúpulos que aquejaban al pobre fraile aleman, se entregan en una campiña atravesada por rios fecundantes, cubierta de canales y acequias, con la vista de los Alpes nevados y la vista de los serenos lagos, entre alamedas sin fin ornadas con parras inacabables, se entregan á la dulce é incomparable alegría de vivir en medio de aquel vasto paraíso.

Lutero debia sentir la envidia de Anníbal, la codicia de Ataulfo, las pasiones que han dominado á todos los conquistadores de Roma. La magia mayor de aquella tierra, su principal encanto, su primer hechizo apenas lo comprende porque apenas comprende el arte. En aquella Milan, donde se alzaba entonces ya resplandeciente su maravillosa catedral de blancos mármoles, solo se cura del rito ambrosiano y gregoriano y solo atiende á los misales diversos que suelen usarse en los mismos templos. Delante de un monasterio artístico solo observa que rinde por año treinta y seis mil ducados, doce mil en productos agrícolas, doce mil en arriendos varios, doce mil en pupilaje de novicios pensionistas. Pero ¿qué mas? En Florencia no le maravillan ni las bellas murallas; ni las alturas de Fiesoli y San Miniato ceñidas de jardines y coronadas de monumentos; ni el campanile que parece una columna encargada de sostener el cielo; ni la rotonda de Santa María que es el prodigio de la arquitectura moderna; y cuando las puertas del Batistero ya relucen, cuando el David de Miguel Angel ya guarda el ingreso en la Señoría, cuando la torre del Podestá ya brilla en los aires, cuando la Logia de Orcagna ya tiene sus estatuas griegas, Lutero solo observa que son muy blancas y están muy limpias las sábanas de los hospitales.

Despues de esto, no puede extrañarnos la tristeza que le sobrecogió al entrever desde Monte Fiascone la inmensidad oceánica de la campiña roma-

na. Poco apto para apreciar los destellos de nuestra luz meridional; poco amigo de la historia antigua escrita con caracteres indelebles en cada una de aquellas sacrosantas piedras; incapaz de comprender la música que exhalan las ruinas, las evaporaciones de inspiracion que exhalan las cenizas, la sublimidad de un arco caido, de un acueducto roto, de una estatua destrozada, de una columna hundida en el polvo; entre aquellos juegos de claror y de sombra que componen tantos cuadros, entre aquellas líneas escultóricas que parecen los bocetos de otras tantas estatuas; á la vista de los sepulcros vacíos, de las Vias romanas que culebrean en los solemnes desiertos; sobre el vasto cementerio donde yacen tantas divinidades enterradas, echa de menos los naranjos y los limoneros con que, en su cándida ignorancia, habia soñado y evoca su blanda y blonda y húmeda y verde y fresca Sajonia, muy propia para la vida corriente, pero incapacitada de conseguir, por mucho que la esmalte la historia y que la embellezca el arte, la sublime austeridad de Roma.

Así todo le disgusta y en todo encuentra asunto de crítica y objeto de censura. Quien no ve las misteriosas perfecciones de la campiña romana es muy apto para ver las numerosas imperfecciones de la sociedad. Y en efecto, á cada paso se encuentra una hospedería monástica y en cada hospedería monjes que trincan, que juran, que charlan á tontas y á locas, que gesticulan á roso y velloso, que caen sobre todo el mundo con sus murmuraciones, que tratan de todo, menos de religion y de moral. Su austero misticismo se indigna de que las efigies ocupen todas las encrucijadas y llamen mas la atencion de los fieles que las ideas verdaderamente dogmáticas y que el culto á Jesucristo. Su único pensamiento, al acercarse á la Ciudad Eterna, es apretar el paso, para llegar la víspera de San Juan y tener el privilegio de decir una de esas misas que sirven tanto á los vivos como á los muertos. Mas debe decirse con imparcialidad, por lo mismo que entramos en la historia sin ningun género de pasiones que, habiendo recorrido Italia desde los Alpes al Tiber, ni una sola vez alcanzó á comprenderla, como si hubiera sido la patria de la inspiracion plástica y de las artes del dibujo, un jeroglífico de Egipto.

## CAPÍTULO VII

LUTERO EN ROMA

Un pastor, acostumbrado á naturaleza de égloga y de bucólica, circuido de grandes y verdes árboles, colocado sobre las muelles praderas con su rebaño de cándidas ovejas; mecidos sus cabellos al soplo de las juguetonas auras y halagadas sus orejas con el susurro de los juguetones arroyuelos; á quien, de súbito, lanzaran y engolfaran allá en el mar inmenso, infinito, sin límites ni fronteras, con horizontes indecibles, con abismos insondables, entre alterados oleajes y vientos fortísimos, un pastor así, por cambio súbito sacudido, apenas podria darnos suficiente testimonio de la trasformacion que sufriría el alma de Lutero acostumbrada desde su nacimiento á la blanca y suave y dulce Alemania, en medio de los desiertos terribles, de las ruinas antiguas, de los templos caidos, de las estatuas rotas, de los restos de naufragios y de batallas sobre los cuales se alzaba la Roma pontificia, con sus mil colosales iglesias, esmaltadas por los toques áureos y rojos de los encendidos y tempestuosos cielos que parecen guardar tras sus arreboles un eterno y sublime Apocalipsis.

Lutero habia nacido á la extremidad oriental del distrito de Harts, terreno vulgarísimo, compuesto de dulces ondulaciones, que apenas merecen el nombre de colinas; cultivado por la labor ordinaria en Alemania, y asiento de pueblos sin ningun carácter monumental ni histórico. Baste decir que los campanarios, á duras penas, levantan la erguida flecha sobre el resto de las construcciones comunes. Calles estrechas, edificios triangulares y puntiagu-